

Neoliberalismo y catástrofe inminente: una díada preocupante*

Alejandro Klein**

Universidad de Guanajuato, México

Resumen

Este trabajo busca contribuir a la comprensión de la violencia contemporánea, tomando como eje los procesos sociales, culturales y económicos que propicia el neoliberalismo, especialmente acentuados en Latinoamérica. Se insiste en describir procesos que no se toman como “accidentes pasajeros” sino que participan de efectos estructurales, que se consolidan desde el desmantelamiento del pacto social, la figura de la ley, la indigencia generalizada y la anulación de la figura del “vecino”, dando paso a estructuras como la de “catástrofe inminente”, la paranoia, el enemigo, u otras.


Palabras clave: violencia, América Latina, Europa (Thesaurus); neoliberalismo, catástrofe inminente (Autor).

Neoliberalism and Imminent Catastrophe: A Concerning Dyad

Abstract

This work seeks to contribute to the understanding of contemporary violence, taking as analytical axes the social, cultural and economic processes favored by neoliberalism, and especially accentuated in Latin America. It insists on describing processes not as “transient accidents”, but rather as parts of structural effects that

* **Artículo recibido:** 28 de septiembre de 2017 / **Aceptado:** 30 de octubre de 2017 / **Modificado:** 20 de noviembre de 2017. El artículo precede originalmente de investigaciones surgidas de mi tesis doctoral. No contó con financiación.

** Doctor en Trabajo Social por la Universidade Federal do Rio de Janeiro (Rio de Janeiro, Brasil). Profesor investigador de la Universidad de Guanajuato (Guanajuato, México) e investigador asociado del Oxford Institute of Population Ageing, Oxford University (Oxford, Reino Unido). Entre sus últimas publicaciones se encuentra: *Del anciano al adulto mayor. Procesos psicosociales, de salud mental, familiares y generacionales*. Madrid: Plaza y Valdés, 2015. Correo electrónico: alejandroklein@hotmail.com  <https://orcid.org/000000018216345X>

have been consolidated since the dismantling of the social pact, the figure of the law, the widespread indigence and the dissolution of the “neighbor” figure, giving way to structures such as “imminent catastrophe”, paranoia, the enemy, or others. **Keywords:** violence, Latin America, Europe (Thesaurus); neoliberalism, imminent catastrophe (Author).

Neoliberalismo y modificación de las estructuras socio-culturales

El neoliberalismo acarrea en general múltiples costos sociales, solidificando socioeconómicamente una línea de indigencia, muy por “debajo” de la línea de pobreza, lo que profundiza la desigualdad social y promueve situaciones estructurales de violencia (Antunes, 1999; Forrester, 2000; Sader y Gentili, 1999; Tavares, 1999; Vasconcelos y Morgado, 2005). Pero hay que decir que no es posible generalizar este hecho. La situación en Latinoamérica no es la misma que en Europa, lo que se relaciona con la diferencia más global entre capitalismo central y capitalismo periférico. Esta misma diferencia se aplica a los aspectos que hacen al *welfare state keynesiano* (Vasconcelos, 1989). De esta manera Vasconcelos (1989) indica que se hace más claro para el caso latinoamericano hablar, antes que de ciudadanía en general, de “situaciones de ciudadanía” y de “sistema virtual de ciudadanía”, dando cuenta de una tensión específica entre un discurso universalizante y una práctica institucional donde la desigualdad es mantenida.

Por otro lado, es posible señalar cómo se descartan así “las tesis optimistas de creencia en las posibilidades de progreso comparable a los países centrales” (Vasconcelos, 1989, p. 73). Por lo anterior es posible señalar, asimismo, que los cambios sociales gestados desde el neoliberalismo han sido más dramáticos aún desde Latinoamérica, lo que implica que los pobres no sólo “se volvieron más pobres”, sino que perdieron rápidamente espacios fundamentales de protección estatal. Desde la política social, paralelamente al proceso que Tavares (1999) denomina “descentralización destructiva”, se desmontan programas sociales “sin dejar nada en substitución” (Tavares, 1999, p. 177), generando: “un sinnúmero de nuevas formas de exclusión social, en la medida en que empeoraron las condiciones de empleo y trabajo” (Tavares, 1999, pp. 174-175).

Esta situación amplía las brechas sociales (Préteceille, 1996). Según Préteceille la segregación más acentuada no se refiere a las categorías populares sino, por el contrario, a las categorías “superiores”. No es ésta la opinión de Lago (2001/2002), quien indica claramente los procesos de segregación de los sectores más humildes. Préteceille por su parte señala que: “es verdad que un nuevo proletariado terciario con empleos frecuentemente *precarios* substituye en parte un proletariado industrial” (1996, p. 20, énfasis del autor).

Acentúo la terminología de estos autores: los grupos sociales dominantes se *confinan* —que no es lo mismo que segregarse—, mientras que los grupos dominados son *estigmatizados*, que no es lo mismo que ser marginado. Estigmatización y confinamiento presentan como vector común la profundización del proceso de territorialización. El mismo se expresa como *guettización* en las clases dominantes, y como *favelización* o *periferización* en las clases dominadas. En realidad habría que ampliar esta situación de *favelización* a la calle misma como territorio de confinamiento de la pobreza. Cabe señalar entonces, que la segregación alude no sólo a una repartición geográfica sino que implica, además, una matriz social.

Lo precario, concepto recurrente en los autores citados, es una de sus claves. El término alude a distintos factores en juego en el proceso de segregación, que es tanto cultural como económica, y en relación a procesos cada vez más fuerte de desigualdad: “los contrastes sociales son más violentos [...] debido a la fuertísima concentración de riqueza y no al nivel absoluto de pobreza”¹ (Préteceille, 1996, p. 22).

Esta concentración de riqueza se acompaña de la auto-segregación de las clases privilegiadas (Préteceille, 1996) en espacios protegidos y ferozmente custodiados por guardias de seguridad (O'Donnell, 1997). Caldeira indica de esta manera cómo se promueve el aislamiento frente a lo diferente: “los diferentes grupos sociales están muchas veces próximos, pero están separados por muros y tecnologías de seguridad y tienden a no circular o interactuar en áreas comunes” (2000, p. 211). Es posible entonces hablar de *guettización* para caracterizar la forma que está tomando la segregación urbana actual orientada según un principio de desagregación radical. Esta situación se acompaña de un proceso de endogamización social notable encarnado en enclaves fortificados² (Caldeira, 2000).

Es necesario destacar que esta segregación tiene que ver también con el *status* y con la utopía de querer forjar una microsociedad autosuficiente; buscando concretar un espacio de homogeneización abusivo que se enlaza al anhelo de un control permanente (Caldeira, 2000). No es posible desarrollarlo aquí, pero sería interesante estudiar, hasta qué punto esta idea de concebir una micro sociedad no se relaciona a la tasa relevante de transgresión y psicopatía en esta clase social (Caldeira, 2000). Los datos aportados precedentemente, parecen indicar cómo se impone un modelo neoliberal de heterogeneidad expulsiva. La cultura neoliberal impone la necesidad de la exclusión, no como un dato secundario, sino como un nódulo central en las regulaciones sociales y económicas.

1. El autor está olvidando el empobrecimiento que ha sufrido la clase media, que por su parte también es notorio.

2. Es sorprendente la homología de los actuales enclaves ricos con la descripción que hace Lang (1924), en la película “Metrópolis”, de una ciudad autosuficiente y subterránea de ricos. En este caso la metrópolis actual está en la superficie de la tierra, pero conserva igualmente su *status* de confinamiento y segregación.

Pero además, mientras el proyecto de cultura del *welfare state keynesiano* se concreta desde la aspiración a lo racional, fomentando los valores de lo seguro y previsible, el neoliberal “alimenta” sensaciones de inseguridad y precariedad. El miedo y, por ende, la violencia ha devenido así en un articulador fundamental de las relaciones sociales. Por otro lado, es importante destacar cómo la sociedad pasa a concebirse como una sumatoria aislada de *guettos*. Situación que revela la “ineficácia simbólica da sociedade contemporânea” (Dufour, 2005, p. 167).

Hay que distinguir, sin embargo, la segregación de las clases favorecidas de la de las clases pobres. La segregación de las clases privilegiadas es electiva, y busca la “protección”, remite, se explicita o no, a un imaginario paranoico: policías, cercas y alarmas se imponen cuando un grupo urbano se siente en peligro de ser atacado, desposeído o violentado. Por el contrario, la segregación de los grupos desposeídos remite a un empuje, a una expulsión y no a una decisión propia. Al mismo tiempo, hay que destacar cómo al cerramiento —la invisibilización— de la gente rica en sus condominios, se contrapone a la total transparencia de la gente humilde, la que puede ser invadida y amenazada en sus espacios privados de forma sorpresiva y sin previo aviso.

Parece pertinente señalar, que el neoliberalismo aunque se ha presentado como un proyecto estrictamente económico, con indiferencia por la problemática social, es, sin embargo un fastuoso proyecto social. Basado en la cultura de la violencia, como ya indiqué, tiene como marco esencial el debilitamiento del proyecto de ciudadanía. Una resultante del mismo es la imposición de la inaccesibilidad, tanto a bienes y servicios, como a empleos, salario y educación.

Su consecuencia no es sólo que los pobres se vuelven más pobres. No es simplemente pasar de la pobreza a la indigencia. Existe aquí quizás un malentendido, pues se está utilizando un modelo de *pérdida* —pérdida de salario, de empleo, de ingresos— que aunque útil desde el *welfare state keynesiano*, es absolutamente inútil desde el neoliberalismo. Sin duda las clases medias se han empobrecido. Pero para otras clases es una situación más estructural: los indigentes ya nunca pasan —y si el modelo sigue incambiable ya no pasarán— a situación de pobreza. No sólo hay desmantelamiento de condiciones económicas dignificantes, sino que al mismo tiempo, éstas ya no se viabilizan nunca.

Este modelo económico, social y cultural impone la segregación desde el desamparo y la imposibilidad de establecer, o re-establecer una serie de derechos mínimos cívicos, sociales, políticos. Se pasa de la protección, del resguardo, el auspicio y la creación de cultura desde la “hospitalidad” y el “vecino” a otro, donde las versiones del Otro toman caracteres ominosos, generando fantasías paranoicas de robo, destrucción y maldad. Su modelo es el “enclaustramiento” y las figuras del “extraño”.

La situación de la violencia

La violencia es un fenómeno sumamente complejo, con diversos aspectos que se han de tener en cuenta. Nuestro interés es simplemente delinear algunas relaciones entre el contexto neoliberal y la violencia que se vuelve cotidiana. Nuestra hipótesis es que la violencia que instaura el neoliberalismo se relaciona a nuevas formas de acumulación capitalista, que incide a su vez en un quiebre del contrato de convivencia del *welfare state keynesiano*. Esta situación solidifica una forma de relacionamiento social en el cual, como indica Pellegrino, se perfila “una guerra civil crónica, sobre la forma de asaltos, robos, asesinatos, estupros” (1987, p. 203). Cabe pensar si esta “guerra civil cronificada” es, más que un accidente, una expresión de la matriz social y económica neoliberal.

La evidencia empírica y cotidiana viene señalando que en estos años ha aumentado el grado de pobreza y pauperización. Pero en la medida en que el pobre ya no ocupa sino lo negativo de la exclusión social, pasa de “sufrir” pobreza a ser “culpable” por la misma (Rauter, Passos y Benevides de Barros, 2002). La situación de pobreza ya no se percibe como una situación de anomalía e injusticia social, sino que pasa a ser considerada como parte de una anomalía extirpable (Caldeira, 2000); “criminalización” de la pobreza (Movimiento de trabajadores desocupados, 2003), o una molestia ignorable. Junto a un imaginario que criminaliza la pobreza y violentiza la clase trabajadora, la violencia se tolera y alienta desde un Estado represor, entendiendo que sólo la violencia –policial, militar– aparece como la única capaz de resolver situaciones sociales.

Ya no se trata de una violencia “adecuada”, administrada, mediatizada y garantizada (Puget y Kaës, 1991), sino otra donde se pone en juego un proceso de control brutal y masivo, que alcanza a configurarse como micro-genocidios crónicos. Sin embargo, permanece la cuestión sobre si la violencia no sería una salida “normal” para este tipo de estructura social, lo que explicaría que se presenta como carente de alternativas frente a ella. Asimismo, aunque no alcanza a toda la población, se percibe por momentos que este tipo de violencia alcanza grados importantes de aprobación en la población, como si se tratara de un “mal necesario” (Caldeira, 2000).

Por otro lado, este tipo de violencia contundente, parece que se continúa en más de un punto con las dictaduras que asolaron la región (Caldeira, 2000), lo que agrega otro dato de especificidad al neoliberalismo latinoamericano. En general parece tratarse de la consolidación de un modelo de fuerza y brutalidad que proviene de gobiernos militares y quizás aún de antes. Una consecuencia es la renovación de la idealización de la fuerza y la violencia como reguladores admitidos de las tensiones sociales, junto al descreimiento en el aparato judicial.

Esta situación implica la supervivencia de determinadas pactos que permiten la continuidad de sometimientos sociales (Puget y Kaës, 1991). De esta manera, se diría

que hay un sector de la sociedad que continúa “militarizada” aunque los militares ya hayan abandonado los aparatos del Estado. Una causa es que se siguen manteniendo condiciones sociales inalterables en las que el contexto social “no asegura más su función de sostén y pertenencia” (Puget y Kaës, 1991, p. 43).

Podemos suponer, además, que se genera una conservación de contenidos sociales propios de la dictadura en función de la imposibilidad de hacer duelos elaborados (Tisseron, Torok, Rand, Nachin, Hachet y Rouchy, 1997)³ que se relacionan, entre otros factores, a la supervivencia de situaciones de impunidad que revelan la ineficacia judicial —y política— en procesar violaciones de los derechos humanos que quedan en situación no resueltas. Esta situación conlleva a una modificación sustancial en cómo se concibe y percibe la ley. De mediadora valorizada y respetada, pasa a ser progresivamente transgredida entendiendo que, o es corrupta, o no tiene la suficiente fuerza para enfrentar lo que se ubica como problemas sociales: “Una ley que no sea temida- que no tenga potencia de interdicción y punición- es una ley [...] impotente” (Pellegrino, 1987, pp. 198-199).

Se desacredita, al mismo tiempo, la mediación y la administración racional de la violencia, con agotamiento de la figura del vecino o “semejante” (Duschatzky y Corea 2002), ante lo cual pasa a prevalecer la figura del “extraño” o el “enemigo”. La violencia sin ley o la ley sinsentido, genera la falta de un marco estable volviéndose inseparable de una descuidadanza progresiva de los excluidos sociales, entendiendo que para poder “violentar” y degradar a un sujeto, hay que convencerlo y convencerse, de que está por fuera del marco que ampara la ley. Lo que lo hace un “otro” sin derechos, en una “regresión” tanto social como individual, que actualiza aspectos arcaicos de una violencia que se sale del marco de la ley.

Catástrofe social, “catástrofe inminente” y efectos en la subjetividad

Se toma la noción de “catástrofe social” como un concepto capaz de describir el estado de desamparo y amenaza que se genera en las personas, cuando prevalece la violencia social consensuada y valorizada, así como situaciones sociales y económicas de extremo dramatismo. Una parte de la subjetividad que parece ir asentándose, se relaciona a una cultura de la resignación y el padecer en silencio. Asunto que podría relacionar la incentivación del proceso de identificación con el agresor (Frankel, 2002), por el cual nos “convertimos” en lo que el atacante espera de nosotros, en cuanto a nuestra conducta, percepciones,

3. Me refiero por tales a aquellos procesos que permiten generar un “cierre” más o menos definitivo de ciertas situaciones sociales y personales traumáticas y desgarradoras.

emociones y pensamientos. Los intercambios sociales se ven atravesados por fenómenos de violencia, a la que no siempre es posible discriminar ni cuestionar como tal: “Nuestra violencia se compone más bien de arrebatos sin discurso [...] No resultan de un programa sino que más bien testimonian la desagregación por agotamiento discursivo de una constelación ficcional” (Lewkowicz, 2004, p. 67). Su difusión ya no requiere de otros discursos comprensivos y mediadores, sino que ella misma se termina por convertir, al mismo tiempo, en la explicación y en el remedio de los problemas sociales.

Ciertamente el neoliberalismo, como parte del proceso capitalista, implica —por decirlo de manera excesivamente simple— el enriquecimiento de los ricos y el empobrecimiento de los pobres. Pero es más que eso y es otra cosa. En el sentido dialéctico de conservación y superación, implica desde la regulación keynesiana de la división y lucha de clases, cambios radicales en la matriz social de ciudadanía. Pellegrino (1987) señala que si el sentido de humillación y degradación persiste, el trabajo ya no garantiza el pacto social ni el sacrificio que se practica en su nombre. Su discusión gira en torno al trabajo par de dignificante-degradante, con lo que se ubica en una situación propia del *welfare state keynesiano*, en que aún el trabajo se puede convertir en empleo. Por el contrario podemos suponer que el neoliberalismo no sólo impone un trabajo degradante, sino además una ruptura profunda del contrato social.

La violencia como cotidianeidad se halla íntimamente vinculada a la transgresión no sólo de la ley, sino de aquello que podría garantizar un mínimo de convivencia civilizada y, desde la subjetividad, un espacio de proactividad, seguridad y autoestima (Bollas, 1991 y 1993). De esta manera es imposible que el padrón de segregación neoliberal no tenga efectos en la subjetividad y los vínculos cotidianos. Aunque la violencia no es causa única para explicar las complejas relaciones entre los seres humanos —no hay que olvidar, por ejemplo, los factores étnicos, demográficos, de género u otros—, se puede considerar que la violencia social se redobra y se manifiesta psíquicamente (Puget y Kaës, 1991).

Señalamos cómo se verificaba dentro del neoliberalismo distintas permutaciones económicas, sociales y de convivencia. Un factor importante a recalcar es cómo el miedo pasa a organizar algunos de los vínculos sociales, así: “todos los tipos de vivienda [...] pasan por procesos de enclaustramiento en respuesta al miedo del crimen” (Caldeira, 2000, p. 291). El otro se “cotidianiza” bajo las formas de lo ominoso, lo persecutorio, lo angustiante. Las posibilidades de encuentro y comunicación se resienten a favor del enfrentamiento, el recelo y la inseguridad. Lo que lleva a una prevalencia de la vivencia de abandono y, por momentos, incomunicación.

Esta situación consolida la sensación que denominamos de “catástrofe inminente”, como parte de la cultura neoliberal: *cualquier cosa puede pasar en cualquier momento y desde cualquiera. Desconfiamos, recelamos, no se sabe qué hacer*. Lo que conlleva otra dimensión crucial: la

dificultad en asumir como propios los valores de la cultura. Si la ley de la cultura “es poder asumir los valores de la cultura con lo cual, por el trabajo, nos articulamos orgánicamente” (Puget y Kaës, 1991, p. 201) es porque existían garantías de acceso al mundo del trabajo y de la regulación social. Ley de la cultura era o es, por tanto, inseparable de la idea de ciudadanía, justicia e igualdad (Kymlicka y Wayne, 1997). Pero además hay que considerar que la ciudadanía es una matriz de convivencia que se desenvuelve dentro de la *ilusión eficaz* de percibir al otro como un semejante, un reconocible, un —si se quiere— “vecino”. Implica, al mismo tiempo, percibir al otro y ser percibido por la sociedad como un interlocutor válido, alguien que tiene o tendrá un lugar en la misma.

El otro es un interlocutor con el que se mantiene un marco de diálogo, valoración del intercambio, y formaciones de compromiso, social, grupal y personal. Por supuesto, siempre y paralelamente, ha existido la figura del otro como enemigo (Bauman, 1999) pero sugerimos que el modelo neoliberal radicaliza y solidifica la visión del otro como el “extraño”, lo que impulsa la paranoia y la desconfianza extrema. Si la eficacia de la ley social se afirma a través de prácticas sociales que aseguran formas de compensación de la desigualdad, podemos decir que lejos de cualquier idea de lo justo, es factible señalar la situación de espantosa desigualdad que viene sobrellevando Latinoamérica (Fraga y Silva Iulianelli, 2003).

Esta sociedad neoliberal ya no alberga sino que desampara, decretando el fin de derechos sociales imprescindibles “proponiendo devolver al mercado la regulación de cuestiones como la educación, la salud, la habitación, la previsión social, los transportes colectivos” (Coutinho, 2000, p. 66). Es el momento en que ya no se puede sostener un imaginario de derechos naturales “ya que los derechos escasean, se fragilizan o desaparece la “expectativa” de poder recibirlos. Surge así la figura del “inintegrable” (Castel, 1997). Consideramos que no sólo la “promesa” emancipadora (Coutinho, 2000) no se ha cumplido —como es evidente— sino que además el modelo neoliberal busca dismantelar el marco mismo del vínculo sujeto-sociedad generado desde el *welfare state keynesiano*. Lo que implica que: “De golpe o paulatinamente se pierde el conocimiento de las reglas que rigen la interacción societaria acerca de la vida y de la muerte, del delito y su penalización” (Puget y Kaës, 1991, p. 28). Esto explica cómo el trabajo y la educación hayan pasado a ser condiciones de exclusión social generalizada, lo que es especialmente claro en el caso de los jóvenes.

Esta situación de catástrofe social por tanto no es simplemente “pérdida” de situaciones consolidadas, es también y simultáneamente la consolidación de nuevas formas de interacción societaria. Desde esta perspectiva la violencia cotidiana podría pensarse como un recurso de re-amparo —basado en la *presencia* de la fuerza— frente al desamparo —basado en la *ausencia* de credibilidad y sustento social—. De esta manera se busca sentir que se controla la amenaza externa de lo desamparante, transformado en algo

interno más manejable. Las estrategias de supervivencia se diversifican y se naturaliza lo que hasta hace poco tiempo era probablemente insólito. Para dar un ejemplo, la extendida y habitual práctica del pedido de limosna en cada rincón de nuestras ciudades.

En la medida que estas prácticas implican “resignación” –lo que puede ser más que discutible–, podría pensarse que predomina lo que Aulagnier (1994) llama enajenación, por la cual se logra: “seguridad, certidumbre y [se] evita el conflicto, *sometiéndose* a un sistema social que prohíbe el pensar libre” (Puget y Kaës, 1991, p. 29, énfasis del autor). Sin embargo y por suerte, no es seguridad y certidumbre lo que se observa, sino –como desarrollaremos enseguida– malestar, desaliento, escepticismo y fenómenos de resiliencia (Klein, 2013). No obstante, al mismo tiempo, se afirma una insuficiencia de la capacidad de discriminación del mundo interno y el mundo externo: el miedo personal es el miedo de todos; la violencia de afuera es la violencia de adentro; el desamparo colectivo se enlaza al desamparo subjetivo.

Concomitantemente, si el sentido de humillación y degradación persisten, se pierden los enlaces y basamentos imprescindibles que garantizan la mantención y la inserción en el pacto social (Franco, 1999, p. 4). Las instituciones sociales ya no parecen sociales por su imposibilidad de transmitir ligadura social y perspectiva de futuro: “Todo el conjunto de la vida social es atravesado por una especie de desinstitucionalización entendida como una desvinculación respecto de los marcos objetivos que estructuran la existencia de los sujetos” (Castel, 1997, p. 472). A nivel de la subjetividad esta sensación de soledad y vacío por ausencia de marcos socializadores llevan a la prevalencia de un malestar difuso e incomprensible (Lipovetsky, 2000), que desde esta perspectiva de incertidumbre y fragilidad social se ha denominado “malestar sobrante” (Bleichmar, 1997).

Por su parte Beck, Giddens y Lash (1997) hablan de sociedades de riesgo, entendiendo por tales aquellas en las que los riesgos sociales, económicos u otros escapan a la posibilidad de que sean protegidos por las instituciones tradicionales, lo que incrementa amenazas que pueden llegar a ser incontrolables. Beck, Giddens y Lash (1997) indican cómo en el mundo actual las oportunidades y peligros se presentan de igual modo. De la misma forma, Ariés y Duby (1990) afirman: “han nacido nuevas incertidumbres [...] El verdadero miedo de los años de 1980 es la inseguridad por la propia persona y por los propios bienes” (pp. 196-197). Este riesgo social al “deportar” certezas mínimas, tranquilizadoras y fundantes de la subjetividad, eterniza un estado de duda y malestar que excede la capacidad de tolerancia y transformación psíquica. Se trata de condiciones que incentivan la inseguridad dentro de un universo caótico e inaprensible. Lo sólido se substituye por lo fluido, los contenidos por superficie, el futuro por lo inmediato, los proyectos de vida por estrategias de supervivencia.

A corto y mediano plazo, esta cotidianeidad “devoradora” anula la capacidad yoica de anticipación (Aulagnier, 1975) y la posibilidad de consolidar proyectos, sociales y personales. Sin posibilidad de concretar proyectos se anula el sentido de porvenir y de esperanza, basamentos fundamentales en la matriz social (Klein, 2006). Los substituyen la desesperanza y la desesperación imponiendo un traumatismo de muerte (Golse, 2000), con fuerte impacto de lo traumático (Waisbrot y Wikinski, 2003). Como señala Janin (1989) es un “sálvese quien pueda”, con un predominio del individualismo que deja a todos indefensos: niños, jóvenes y adultos. Morici (2002) describe cómo el carácter destructivo del acontecimiento, implica la prevalencia del sentimiento de impotencia y, por ende, de abatimiento, al asistir a la precipitación de ese orden indispensable para la supervivencia. La metáfora del “derrumbe” tiene un referente real y concreto: asistimos a un *untergāng*⁴ social implacable, una demolición estrepitosa de ordenadores básicos del sentido social e individual. Quizás por eso se dice que nuestra época es antifilosófica. Ya no tiene sentido complicarse porque la vida misma se manifiesta como una complicación insoluble y diabólica (Ariès y Duby, 1990).

Como indica Araujo (2002) asistimos a una degradación sistemática de la existencia de vastos sectores del cuerpo social ante la impunidad de quienes la producen, ante la indiferencia, ignorancia o resignación del resto del “cuerpo” social. Situación que bien puede ser considerada como manifestación de crueldad (Waisbrot y Wikinski, 2003). Cabe plantearse entonces hasta qué punto esta sociedad de mercado omnipotente y asombrosamente indiferente a los males que ella misma ha provocado, se relaciona a lo que Arendt (2004) llama la banalidad del mal, el que “se puede registrar en la ruptura de la solidaridad, la violencia banalizada, las guerras fratricidas y también en aquellas situaciones que hemos denominado del “mal cotidiano”, y del “mal del horror” (Czernikowski, Gaspari, Matus y Moscona 2003, p. 306). Describiendo el juicio a Eichmann, Arendt (2004) señala que es su “normalidad” lo que le parece un hecho enteramente nuevo. Ni perverso ni sádico es absolutamente inconsciente del mal que ha hecho, de sus consecuencias y ramificaciones. Es simplemente un ejemplar y terrorífico “engranaje” hiperadaptado que cumple de forma “gloriosa” con sus obligaciones, sean cual fuere las consecuencias.

Conclusiones

El neoliberalismo —permítasenos lo banal del término— es una “bomba de tiempo”. Desde la cotidianeidad, los vínculos, los entramados sociales, “explota” en distintas formas de anomia, conductas graves, violencia extrema u otras. De allí que no es poca cosa pregun-

4. Caída o derrumbe en alemán. Término usado por Freud (1921).

tarnos sobre qué tipo de sociedad estamos creando, acentuando nuestra responsabilidad al respecto. Pero la “explosión” no es sólo a la luz del día. Hay otra que es subterránea. Acostumbrados a pensar lo dramático en términos explícitos de violencia, de pobreza extrema, de actos trágicos, perdemos la perspectiva de que lo dramático no siempre surge de forma apabullante y abrumante. Hay otro drama de violencia referente a lo implícito, al día a día, a pequeños gestos, a conductas que se van tolerando y marcando diferencias en relación a usos y costumbres que son violentas y naturalizan cada vez más.

Podemos interrogarnos hasta qué punto América Latina continúa inscrita en la lógica neoliberal o, por el contrario, se vive en la región una crisis del neoliberalismo, iniciándose la transición a una suerte de orientación que se podría denominar posneoliberalismo (Figueroa, 2010; Sader, 2008; Uribe Gómez, 2011), discusión sin duda trascendente, pero que escapa a los límites de este trabajo.

Referencias

- Abramovay, M. y Castells, M. (1999). *Gangues, galeras, chegados e rappers. Juventude, violência e cidadania nas cidades da periferia da Brasília*. Rio de Janeiro: Unesco.
- Antunes, R. (1999). Crisis capitalista contemporánea y las transformaciones en el mundo del trabajo. En *Capacitação em serviço social e política social: Modulo 1* (pp. 33-52). Brasília: CEAD.
- Ariès, P. y Duby, G. (Comps.). (1990). *Historia de la vida privada*, vol. IX: *La vida privada en el siglo XX*. Buenos Aires: Taurus.
- Araujo, A. (Comp.). (2002) *Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad*. Montevideo: Alternativas.
- Arendt, H. (2004). *Eichman en Jerusalén*. Madrid: De Bolsillo.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1994). *Los destinos del placer: alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Bauman, Z. (1999). *Modernidade e ambivalencia*. Rio de Janeiro: Jorhe Zahar Editor.
- Beck, Ulrich, Giddens, A. y Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva-política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- Bleichmar, S. (1997) *Acerca del malestar sobrante*. Recuperado de www.topia.com.ar/articulos/21malest.htm
- Bollas, C. (1991). *La sombra del objeto: psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bollas, C. (1993). *Fuerzas de destino. Psicoanálisis e idioma humano*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Caldeira, T. (2000). *Cidade de muros-Crime, segregação e cidadania em São Paulo*. Rio de Janeiro: Editora 34.
- Castel, R. (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Coutinho, C. (2000). *Contra a corrente. Ensaio sobre democracia e socialismo*. São Paulo: Cortez.
- Czernikowski, E., Gaspari, R., Matus, S. y Moscona, S. (Comp.). (2003). *Entre hermanos: sentido y efectos del vínculo fraterno*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Dufour, D-R. (2005). *A arte de reduzir as cabeças. Sobre a nova servidão na sociedade ultraliberal*. Rio de Janeiro: Companhia de Freud Editora.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Enriquez, E. (2000). Plus jamais ça. *Revue Française de Psychanalyse*, 1 (64), 189-200. <https://dx.doi.org/10.3917/rfp.g2000.64n1.0189>
- Figueroa Ibarra, C. (2010). *¿En el umbral del posneoliberalismo? Izquierda y gobierno en América Latina*. Guatemala: Flacso.
- Forrester, V. (2000). *Una extraña dictadura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Franco, Y. (1999). *Clínica psicoanalítica en la crisis: resignación y esperanza*. Buenos Aires: Topía en la Clínica N° 2.
- Frankel, J. (2002). *Explorando el concepto de Ferenzi de identificación con el agresor. Su rol en el trauma, la vida cotidiana y la relación terapéutica*. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000201>
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fraga, P. C. y Silva Iulianelli, J. A. (Org.). (2003). *Jovens em tempo real*. Rio de Janeiro: DP&A Editora.
- Golse, B. (2000). Du traumatisme entre pulsions de vie et pulsions de mort ou de la passion à l'oubli. *Revue Française de Psychanalyse*, 1 (64), 67-80.
- Janin, B. (1989). Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y la adolescencia. *Revista Buenos Aires de Psicología*, (40), 19-34.
- Klein, A. (2006). *Adolescentes sin adolescencia. Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Montevideo: Psicolibro-Universitario.
- Klein, A. (2013). *Subjetividad, familias y lazo social. Procesos psicosociales emergentes*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Kymlicka, W. y Wayne, N. (1997). El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía. *Ágora*, (7), 5-42.
- Lago Corrêa do, L. (2001/2002). A lógica segregadora na metrópole Rio de Janeiroira: novas tesis sobre antigos processos. *Cadernos IPPUR*, 15/16 (2/1), 155-176.

- Lang, F. (Director) (1924). *Metrópolis* [Película]. Erich Pommer.
- Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (2000). *La era del vacío-Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Madrid: Anagrama.
- Morici, S. (2002). Cuando la crisis nos des-construye. *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis*, (11). Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000207&a=Cuando-la-crisis-nos-des-construye>
- Movimiento de trabajadores desocupados. (2003). *Darío y Maxi: dignidad piquetera: el gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda*. Buenos Aires: Ediciones 26 de junio Anibal Verón.
- O'Donnell, G. (1997). Pobreza y desigualdad en América Latina: algunas reflexiones políticas. En V. E Tokman y G. O'Donnell (Comps.), *Pobreza y desigualdad en América Latina: temas nuevos y desafíos* (pp. 100-113). Buenos Aires: Paidós.
- Pellegrino, H. (1987). *Pacto Edípico e pacto Social. Grupo sobre Grupo*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Préteceille, E. (1996). Segregaçao, classes e política na grande cidade. *Cadernos IPPUR*, X (2), 45-61.
- Puget, J. y Kaës, R. (1991). *Violencia de estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rauter, C., Passos, E. y Benevides de Barros, R. (Org.). (2002). *Cínica e Política. Subjetividade e violação dos direitos humanos*. Rio de Janeiro: Grupo Tortura Nunca Mais.
- Sader, E. (2008). *Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Sader, E. y Gentili, P. (Comps.). (1999). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires: Clacso.
- Tavares, L. (1999). *Os custos sociais do ajuste neoliberal na America Latina*. São Paulo: Cortez.
- Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P. y Rouchy J. Cl. (1997). *El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. Clínica del Fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Uribe Gómez, M. (Comp.). (2011). *Los vaivenes de las políticas sociales en Buenos Aires, Colombia, Chile, México y Uruguay: ¿Neo o posneoliberalismo?* México: Porrúa.
- Vasconcelos, E. (1989). Políticas sociais no capitalismo periférico. *Revista Serviço Social e Soiedade*, 10 (29), 67-104.
- Vasconcelos, E. y Morgado, R. (2005). *Subsídios analíticos e metodológicos para a atuação no Sistema Único de Assistência Social (SUAS), e do Programa de Atendimento Integral à Família*. Rio de Janeiro: PAIF/SAS.
- Waisbrot, D. y Wikinski, M. (2003). *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.